¡Su retrato!

Pedro Escamilla

Freeditorial

Las fiestas de Nochebuena empiezan, como todos saben, en un besugo y concluyen por una mascarada, como si esta fuera una especie de guión que las une con el Carnaval, que es la fiesta más clásica que viene luego.
Lo del besugo corresponde perfectamente a una de las exigencias de la gula; es una caricia que se hace al estómago, como si se le dijera:
—¡Me parece que por esta noche estarás contento!
Y el estómago suele contestar a esta pregunta de un modo ruidoso, especialmente en aquellos que se han apresurado a contentarle, hartándole.
Porque hay muchos casos prácticos que prueban este aserto.
Después vienen las pascuas y año nuevo: al besugo sucede el pavo, y el capón de Vizcaya, y el mazapán de Toledo y monjas de San Clemente, con otro acompañamiento de viandas y de líquidos, siempre para contentar al estómago, pues no parece sino que esta es la época del año en que se muestra más exigente.
Todo este ruido y batahola en la que alternan los manjares y los almireces, zambombas y panderetas, concluye de una manera ruidosa el día, por mejor decir, la noche del 5 de enero, que es en la que tiene lugar la gran mascarada de que os he hablado antes.
Desde que la noche tiende por el mundo su manto de tinieblas, como dicen los poetas, no se oye más que estas palabras:
«A esperar los reyes».
Dicen, los que tratan de dar a esto alguna explicación, que esta tradicional y nocturna fiesta se refiere o quiere conmemorar la llegada de los tres reyes magos al portal de Belén, hace diecinueve siglos.
Admito la explicación y no me doy otra, por más que en la *expansiva alegría* de las turbas que van a esperar a los monarcas de Oriente, no se
advierta ningún resabio bíblico, ningún signo exterior que nos revele que van poseídos de cierto espíritu religioso, porque ellos sí, van poseídos de algún *espíritu*.
Mientras las turbas de gallegos y no gallegos, pues la verdad es que en tal noche van mezcladas las nacionalidades, recorren las calles de la villa, agitando teas resinosas y arrastrando cencerros y latas viejas de petróleo, los

niños se acuestan a esperar también los reyes, pero de una manera más sosegada y tranquila, algo más *interesada*, es verdad, pero en la cual resalta la idea religiosa que debe presidir todos los actos de la niñez.
En la primera edad, esto es, de cuatro a ocho años, hay una tradición que se conserva en su pureza más primitiva, sin que su texto se altere por nada ni por nadie.
Todos los niños saben que los reyes magos han de pasar indefectiblemente por su casa durante la noche del cinco al seis de enero, todos los años, que son reyes dadivosos, y vienen cargados de regalos expresamente para ellos, regalos que lisonjearán sus gustos y aficiones.
Si la niñez se hiciera cargo de la ímproba tarea de ir recorriendo unos reyes honrados, muy fatigados ya por una y otra jornada, todas las calles de todas las poblaciones de Europa en el breve espacio de unas cuantas horas, no los esperaría; pero no es así, y antes de meterse en el lecho, oyendo asegurar una y mil veces a su madre o su nodriza o su doncella, cuidan de poner en balcón, reja o ventana, una cajita muy adornada, que es donde los magos van a depositar sus regalos.
Tanto como del adorno de dicha caja, debe uno cuidarse de su amplitud, pues a mayor tamaño, doble número de regalos.
Esto es una cosa que nadie descuida y que a nadie se oculta cuando tiene cinco o seis años.
Yo las he tenido también como cada hijo de vecino, y lo prueba el no haberme muerto, y como uno de los depositarios de aquella tradición piadosa, al par que golosa e interesada, he esperado también, y no en vano, la llegada de Melchor, Gaspar y Baltasar.
El último año, es decir, cuando ya empezaba yo a tener algunos pujos de latín, y cuando el *señor maestro*, como entonces se llamaba al que hoy llamamos profesor, aseguró por medio de una certificación que no estaba ya en el caso de esperar a los reyes y sí de dedicarme a cosas más graves, me sucedió una cosa bastante original, de lo que me acordaré mientras viva.
A pesar de la opinión del señor maestro, y consecuente con mi costumbre de años anteriores, antes de acostarme, en la noche del 5 de enero, coloqué en mi ventana una caja vacía de regulares dimensiones, esperando con ansiedad cuál sería el último regalo que me llevarían los reyes.
Con tan risueña esperanza, me dormí: al día siguiente, como todos los muchachos colocados en idénticas circunstancias, madrugué mucho. Aún iban las burras por la calle cuando yo abrí mi ventana.
¡Oh, dicha!
Los reyes magos no me habían olvidado.
Pero ¡oh, desgracia!
En vez de las golosinas de otros años que yo esperaba, en el fondo de la caja no había más que un libro, muy bien encuadernado, eso sí, pero que nada tenía

de turrón ni de mazapán.
Era una gramática latina del padre Hornero.
Mi padre me explicó luego que los reyes dan a cada edad lo que le conviene, y yo había pasado de la edad de los confites y caramelos.
Hojeando el libro a mis solas aquella mañana, y precisamente en la página donde comienza el *quis vel quid*, terror de los estudiantes, se
desprendió una cosa, que yo tomé al punto por una estampa; examinándola más detenidamente, vi que era una miniatura artísticamente hecha, por más que representase una señora muy fea, y ya de alguna edad.
Debía ser un retrato; ¿pero cómo estaba allí?
No sé por qué aquel encuentro me produjo cierta repulsión, y cediendo a un movimiento instintivo me lo guardé, sin dar parte del hallazgo a ninguno de la casa.
Supe después por mi padre que había comprado el libro en un puesto donde se venden de lance; tal vez el que se lo vendió al librero no sabía que el retrato estaba dentro.
En fin, por el pronto la cosa no tuvo más consecuencia que ocultarlo yo de todo el mundo, y al mismo tiempo que sentía una repulsión hacia el retrato, no me decidía a desprenderme de él.
Andando el tiempo, aquella repulsión tuvo su razón de ser: el primer día que me pusieron de rodillas en el aula por no saberme declinación latina, por la tarde al entrar en mi habitación, tropecé sin querer con el retrato, y eso que lo tenía muy escondido; aquella señora parecía mirarme de un modo sarcástico, cual si me dijera:
—¡Hola! ¡Parece que hoy te han sentado las costuras!
Posteriormente, y algo más entrado en latín y en años, jugué y perdí; me dieron calabazas dos chicas a quienes yo quería mucho; me cayó un día sobre un hombro un ladrillo, que a poco me rompe la clavícula; otro día de un resbalón me abrí la frente con una esquina, y consumí no sé cuántos cuartillos de árnica.
Pues bien, en tales ocasiones, al penetrar en mi habitación, aquel retrato fatídico y espeluznante me salía al paso, sin saber cual si una fuerza impulsiva y misteriosa le hiciese salir del fondo del cajón de mi mesa de noche para gozarse en mis padecimientos morales y materiales, pues siempre me miraba con el mayor sarcasmo, con el más pronunciado descaro, y a veces se me figuraba que se permitía hacer ciertos gestos, vedados a las miniaturas.
Muchas veces, en el paroxismo del furor, lo tuve en la mano, dudando entre hacerlo añicos o arrojarlo por la ventana. Y siempre me contenía algo superior a mis deseos, algo que yo no acertaba a explicarme, como si aquel pícaro retrato ejerciese alguna influencia en mi destino. Me casé.
¡Dios perdone a Celestina los malos ratos que me ha dado en el año y medio que la he llamado mi mujer!

Una pulmonía… etc.
Dios le dé la gloria.
Cuando la conocí vivía con una tía anciana, hermana de su madre; esta, por asuntos particulares, estaba en un pueblo de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme: la boda se hizo sin su presencia, cosa que no eché de menos.
Después…
Después de una luna de miel, breve, muy breve, empezaron los disgustos; Celestina empezó a desenvainar las uñas, y un día…
Un día apareció su madre, que volvía del pueblo, su madre, quince millones de veces peor que Celestina, con quien tuve que vivir dos años después de la muerte de mi mujer, en cuyos dos años me dio más disgustos que granos de pólvora se han quemado desde la invención de esta materia explosible, su madre, que…
Al verla que venía y se acercaba abriéndome los brazos como las alas un cuervo, me estremecí de pies a cabeza, y exhalé un grito, un grito agudo y terrible, como esos que se exhalan en las novelas.
Aquella mujer era… mi mala sombra: era el original del retrato que había hallado en la gramática de Hornero.
En resumen, el último regalo que me hicieron los reyes magos fue… el retrato de mi suegra.

Freeditorial

¿Te gustó este libro?
Para obtener más e-Books GRATUITOS visita Freeditorial.com